

¿Por qué hay que leer con los hijos y qué se puede hacerse al respecto?

I. ¿Por qué hay que leer con los hijos?

1. Aprender a leer requiere un esfuerzo sostenido a lo largo de muchos años
2. Hay que hacer visible desde el principio los beneficios asociados a ese esfuerzo
3. El aprendizaje de la lectura empieza antes de que los niños vayan a la escuela.
4. Hay “hijos” a los que no se le da bien la lectura

II. ¿Qué pueden hacer los padres?

1. Narrar cuentos
2. “Leerles cuentos”
3. Leer con ellos
4. Supervisar las tareas escolares en casa

I. ¿Por qué hay que leer con los hijos?

1. Aprender a leer requiere un esfuerzo sostenido a lo largo de muchos años

Una idea inicial a considerar es que llegar a ser un buen lector no es más sencillo que llegar a ser un buen violinista o un buen tenista; y nos guste o no, cada uno de esos posibles logros requiere años de esfuerzo sostenido. Para mayor claridad, “leer sin errores las palabras escritas” -un criterio común de que se ha aprendido a leer- no es en realidad una conquista comparativamente mayor que la de “sacar las siete notas” a un violín o la de “ser capaz de dar los golpes básicos con la raqueta de tenis” sin perder la compostura. Sin duda, en esos dos últimos casos se acepta con naturalidad que aún queda un largo camino por delante, jalonado de nuevas exigencias, hasta ser un tenista o violinista aceptable, una conclusión que debemos aplicar también al caso de la lectura: leer bien las palabras escritas es un logro apreciable pero tan insuficiente como manejar la raqueta en el caso del tenis o lograr la coordinación motora que permite generar los sonidos elementales en el aprendizaje del violín.

Esto plantea un problema motivacional muy importante: ¿por qué hacer semejante “inversión” y durante tanto tiempo? Poco puede sorprendernos saber que los estudios que se han hecho sobre cómo la gente llega a convertirse en buenos violinistas o tenistas muestran justamente el siguiente fenómeno: hay muchas personas practicando cuando el nivel de exigencia es bajo pero su número se reduce a la misma velocidad con la que se incrementan las exigencias: “Papá, ¿para qué necesito yo tocar el violín?”, puede preguntar un niño de 8 años cuando empieza a constatar que eso del violín no puede hacerse de cualquier manera.

2. Hay que hacer visible desde el principio los beneficios asociados a ese esfuerzo

Aquí, habremos de aceptar que la mejor razón que se le puede dar a un niño para seguir con el violín (la lectura o el tenis) es hacerle vivir, ya, la experiencia maravillosa que supone deslizar los dedos por las cuerdas del mástil (o golpear con precisión la pelota o meterse en una historia apasionante). A veces, dada la penuria de recursos con la que los críos cuentan inicialmente, esa experiencia sólo pueden experimentarla viendo a sus padres o figuras cercanas disfrutar tocando, jugando o leyendo. En estadios algo más avanzados, será posible experimentar con ayudas lo que uno podrá vivir por sí mismo en el futuro; por ejemplo, un niño puede conseguir sacar una nota de un violín gracias a que la mamá coloca sus dedos en la posición adecuada mientras él desliza el arco sobre las cuerdas. Una experiencia que puede ser decisiva para querer aprender a hacerlo por uno mismo.

Además, otra razón muy convincente para “seguir con lo del violín, la lectura o el tenis” es comprobar que sin esas destrezas no hay forma de participar en las actividades cotidianas de cada entorno familiar (por ejemplo, hay familias en las que la música, el deporte o, por qué no, la lectura forman parte de la vida cotidiana). Hay, pues, que cargarse de razones para mantenerse en el duro proceso de aprendizaje que requiere llegar a ser competente en algo. Unas, nos llevan a experimentar anticipadamente el disfrute asociado a las prácticas objeto de enseñanza; las otras provienen de la certeza de que sin ellas es imposible “estar” donde uno está o quiere estar. La escuela sin duda proporciona ambos tipos de razones, pero las familias tienen a mano la posibilidad de ampliar esas mismas certezas en el seno de su vida cotidiana. Para ello la lectura, como se sugiere en los ejemplos del violín, debe ser algo cotidiano y los niños deben tener la oportunidad de participar en alguna actividad de lectura contando con la ayuda de los padres o hermanos mayores (véase esto mismo en la segunda parte de este artículo). Esto es especialmente relevante cuando tenemos en cuenta que la mayor parte de los padres cuyos hijos se inician en el violín no saben tocar el violín, pero sí son lectores competentes. Y más importante aún, nuestros hijos pueden “fracasar” con el violín pero no con la lectura.

3. El aprendizaje de la lectura empieza antes de que los niños vayan a la escuela.

Una tercera idea es que el aprendizaje de la lectura empieza mucho antes del momento en el que una maestra inicia formalmente el proceso de aprendizaje ayudando a los alumnos a entender que las letras se relacionan con los sonidos que ellos mismos producen cuando hablan. Sabemos, por ejemplo, que la experiencia de que se le lean cuentos en los primeros años de vida se relaciona después con el éxito en la lectura, muy probablemente porque esos cuentos que se les leen o se les narran oralmente tienen alguna de las propiedades que están presentes en la lectura pero no en una conversación cotidiana. Por ejemplo, en una conversación uno puede decir sin resultar hermético:

“(El) lo cogió de aquí abajo y lo lanzó enrabiado hacia allá”

pues nuestros ojos pueden identificar mientras se pasean por la habitación qué es ese “aquí abajo”, ese “allá”, ese “él” y ese “lo”. Sin embargo, una narración (sea de una anécdota, de un mito o de un cuento infantil) habla de una situación que

está más allá del espacio y del tiempo inmediatos, y por eso, quien habla debe proporcionar instrucciones para recrear la situación en la que encajan las acciones de los personajes.

“Juan estaba sentado justo delante de la mesa en la que estamos ahora nosotros y al ver el balón en el suelo, lo cogió con sus manos y lo lanzó enrabiado hacia la estantería del fondo”.

Esa capacidad para construir situaciones a través del lenguaje forma parte de la lectura y de las narraciones orales. Por ejemplo, un cuento nos transporta, gracias al lenguaje, a mundos que no pueden recorrerse con los ojos, pero sí construirse internamente. Consecuentemente, cada vez que un niño escucha una narración completa que se refiere a acontecimientos lejanos en el tiempo y en el espacio, desarrolla habilidades específicas que serán muy útiles cuando se adentre en la lectura (dedicada, por definición, a describir mundos que están más allá de la página impresa). Sin duda el contexto familiar es especialmente propicio para este tipo de experiencias que en ningún caso colisionan con la labor que se desarrolla en el aula.

4. Hay “hijos” a los que no se le da bien la lectura

La cuarta razón estará sin duda en la mente del lector: hay “hijos” a los que no parece dársele bien eso de tocar el violín, la lectura o el tenis. Ciertamente, está bien documentado que hay diferencias individuales a la hora de acometer con éxito cualquier tarea de aprendizaje. Eso lo sabemos, de manera particularmente nítida, en el caso de la lectura, donde efectivamente hay chicos que encuentran muy costoso unir letras y sonidos de una manera fluida. En esos casos, y a diferencia de lo que ocurre en el tenis o el violín, uno no puede abandonar. Y para evitarlo, el apoyo familiar es especialmente relevante pues sólo leyendo mucho es posible llegar a leer bien, pero, previsiblemente, a quien le cuesta leer, tenderá a no hacerlo y con ello se amplía la brecha con los logros de sus compañeros. Las dificultades iniciales tienen efectos acumulativos que conviene eliminar cuanto antes y las familias pueden proporcionar esas experiencias personalizadas de lectura que pongan en contacto permanente al niño con la lectura.

II. ¿Qué pueden hacer los padres?

En parte la respuesta es esperanzadora: deben hacer lo que ya hacen espontáneamente sólo que con mayor intensidad y quizás conciencia. Veamos ejemplos.

1. Narrar cuentos

Sugerir a los padres que narren o cuenten cuentos a sus hijos resulta innecesario dado que eso forma parte de la vida. Querámoslo o no, nos pasamos la horas relatando historias, anécdotas y cuentos. Aquí, tan sólo cabe subrayar la importancia de esas experiencias y, en todo caso, animar a los padres a hacerlo con mayor frecuencia y conciencia, asumiendo que cuanto más alejado esté el cuento de la experiencia cotidiana, en mayor medida los hijos se verán animados a basarse en el lenguaje para construir mentalmente esos mundos posibles que en ellos se refieren. Esta sugerencia se relaciona, pues, con la tercera de las razones esgrimidas en la primera parte de

este artículo. Efectivamente, escuchando esas historias fascinantes, los niños, sin saberlo, están aprendiendo también a leer.

2. “Leerles cuentos”

Esto supone en realidad operar con todo un gradiente de posibilidades. La más elemental es iniciar a los niños en la lectura de cuentos antes de que comience formalmente la enseñanza de la lectura. Estamos hablando de utilizar materiales escritos con un amplio soporte gráfico, que permita que el adulto lea mientras muestra al niño cómo emplear esas palabras que él mismo pronuncia para situar los personajes (figuras) del cuento en un espacio, un tiempo y unas circunstancias que sostienen las acciones que son relatadas. Por supuesto, los niños -como ocurría en la anterior experiencia- no saben leer, pero se van haciendo una idea del tipo de elementos (esas marcas extrañas impresas entre las escenas) y actividades involucradas (pronunciar en voz alta) al mismo tiempo que experimentan las gozosas emociones que acompañan al desarrollo de las historias. Puede que no haya mejor modo que éste para mostrar a un niño la importancia de esa conquista, en la que sin saberlo está involucrado, y hasta qué punto habrá de formar parte de su vida.

3. Leer con ellos

Una experiencia accesible en el contexto familiar es proporcionar experiencias de lectura conjunta en la que padre y niño se turnan leyendo un texto relevante: cuentos, por supuesto, pero también cualquier texto que nos transportan a mundos que contrastan con el nuestro (por ejemplo, animales, países o personajes exóticos). Es importante subrayar que para que un texto (sea o no una historia) resulte atractivo debe tener una extensión mínima; quizás una página. Y una página puede sobrepasar las posibilidades iniciales de lectura de los críos que, quizás, se fatigan después de luchar con las palabras de las tres primeras líneas, muy poca cosa para meterse en el contenido de la historia. Siempre cabe hacerles leer historias de tres líneas, que entran, sí, en sus posibilidades lectoras pero que raramente pueden dar lugar a emoción alguna. La solución es que los niños lean con otros más competentes (sus padres o hermanos mayores) y repartirse el trabajo de la lectura: las tres primeras líneas para el papá, las tres siguientes para el crío y así hasta el final. Como consecuencia, el niño pone en juego todas sus posibilidades al mismo tiempo que se garantiza una experiencia globalmente grata (algo que no ocurrirá si se leen historias de tres líneas o si quien sólo puede leer 3 líneas se ve abocado en enfrentarse a 30). Obviamente, los padres pueden acompañar la lectura resumiendo lo leído, creando suspenses para el futuro inmediato, completando con sus palabras lo dicho en el texto o animando a sus hijos a “ir más allá” del texto.

Esta es una medida muy útil para los hijos a los que no se les da bien “lo de la lectura” y necesitan una ración extra de experiencias motivadoras, pero lo es también para todos los niños en la medida en que les ayuda a experimentar con otros lo que podrán obtener por sí mismos en el futuro.

4. Supervisar las tareas escolares en casa

De nuevo se trata de un tipo de actividad muy común, cuyo valor, eso sí, puede ser resaltado a la luz de todo lo expuesto. Efectivamente, supervisar las tareas escolares es otra manera de leer con alguien más capaz, y no ya esos textos primeros, necesariamente motivadores, sino esos otros, quizás más intrincados, pero que, nos guste o no, forman parte del paisaje de una vida “alfabetizada”. También con ellos, o quizás sería mejor decir que especialmente con ellos, conviene experimentar que uno puede alcanzar con la ayuda de los demás un éxito que más adelante estará reservado al contacto con uno mismo.

Con esta última sugerencia cerramos el círculo de nuestra argumentación: hay que empezar bien, por supuesto, proporcionando, como se ha venido insistiendo, experiencias gratas, pero aún es más importante retener de estas páginas otra conclusión: que lo difícil reside en preservar el compromiso con la lectura, afrontando los sucesivos retos que el contacto con lo impreso nos depara a lo largo de muchos años. Recuérdese que hay mucha gente iniciándose en el golf, el ski o el inglés, pero hay muy pocos que finalmente acaben siendo competentes en cada una de estos dominios. La lectura no nos permite semejante frivolidad: todos los niños deben adquirir una alfabetización completa. Por eso, los padres deben asumir que cuantas más dificultades experimentan sus hijos más ayudas deben recibir y durante más tiempo. Habrá hijos con los que bastará hacer lo que uno haría espontáneamente (contar relatos, leerles cuentos o leer con ellos al comienzo del proceso); pero a veces ocurre que esa asistencia, que uno presta casi sin saberlo, debe transformarse en una actividad deliberada, que ha de prolongarse en el tiempo y extenderse a un amplísimo número de situaciones de lectura y de estudio no necesariamente placenteras. A nadie le cuesta ayudar ocasionalmente, como a nadie le cuesta aprender un poco de inglés, de golf o de ski, pero la situación cambia cuando esa ayuda debe ser sistemática (justo lo que acontece cuando eso de aprender a jugar al golf se vuelve una experiencia ordenada). Si eso ocurriera, los padres deben cargarse de razones que justifiquen su inversión de energía y tiempo. Quizás estas páginas contribuyan a encontrarlas.